

+ Día de perros

María Fernanda Maquieira

Ilustraciones de Lucía Marroquín





BARDO



ERNESTINA



PERLA



NAPO



RAMÓN



VITO

Día de perros

Los días de perros
tienen el color de los atardeceres.
O de los duraznos.
Son mojados
y blandos.
Avanzan suavemente
a veces.
Y otras corren
como caballos locos.
Pero tienen un reloj particular
que gira al ritmo del sol y de la luna,
un año cada siete.

Los días de perros suceden
en lugares diseñados por ellos.
Una plaza redonda y soleada.
Un árbol amarillo.

Un tobogán altísimo para subir hasta el cielo
estrellado.

La fuente de los tres chorros.

Canteros de flores.

Un techo para guarecerse de la lluvia.

Una ventana.

Una mantita.

Los brazos de los niños.

Los días de perros
están hechos de perros de todas las clases.

Un labrador color helado de chocolate.

Una galguita de patas largas, blanca y delicada.

Un perro salchicha negro carbón y ojos como
luces.

Un perro-perro que nació bajo un puente oxidado.

Una caniche con rulos de lana.

Un perro que parece un ajedrez y sueña con ovejas.

Y tantos otros.

Imagínense que existiera un planeta
solo de perros
adonde fueran a vivir
todos los perros que se cansan de estar.

Allí los días de perros
durarían

un sol y una luna

otro sol y otra luna

y así

una y mil veces

en su reloj particular.

Hasta que un día

el más anciano de todos los perros
les dijera:

“Es tiempo,

amigos,

es tiempo”.

Vuelta al mundo

—Me voy a dar la vuelta al mundo —anunció Vito un lunes por la mañana. 13

La plaza estaba tranquila. El paseador se había tomado su hora de descanso y aprovechaba para mandarle mensajitos a la novia. Los perros conversaban a la sombra de un árbol amarillo.

—Pero ¿cómo se atreve? —gruñó Bardo.

—Los perros salchicha no viajan en avión —dijo Ramón.

—Quiero conocer Cuba, la torre Eiffel, las pirámides de Egipto —se entusiasmó Vito.

Había escuchado en la casa historias de perros famosos. Laika, la perra astronauta; Rin Tin Tin, estrella de cine; Balto, el perro mensajero. Hasta existía un Día Nacional del Perro Salchicha. Vito soñaba alto.

Dos pulgas de las trescientas sesenta y cinco que vivían en la cabeza de Napo se tentaron de la risa.

Un pájaro se posó en la rama más baja del árbol de lilas para observar mejor la situación. No usaba anteojos. Debería. Un caracol se detuvo para oír la conversación. Era un experto viajero. Podía darle consejos.

—Pero usted no tiene valija —le señaló Ernestina.

—No necesito.

—¡Qué catástrofe! —volvió a gruñir Bardo.

—¿Y cómo va a entender los mapas, si los perros salchicha no saben leer? —dijo Ramón.

—No me hace falta. —Vito estaba emperrado.

—Buena suerte, mi amigo —le deseó Napo—.

No se olvide de traernos alfajores.

Esa noche, Vito aguantó a que se durmieran sus humanos y lo planeó todo.

Esperó un día. Dos. Tres (los perros salchicha tienen mucha paciencia).

Al cuarto día, aguardó la hora de descanso del paseador, que comía mandarinas bajo el árbol amarillo. Fue soltar la correa, escabullirse por la puerta del canil y lanzarse a la aventura.

—Adiós, amigos —dijo Vito con la patita en alto.

Ramón lagrimeaba un poco (era muy sensible). Bardo miraba para otro lado y murmuraba por lo



bajo. Ernestina le dio un hueso para el viaje (estaba un poco masticado, pero solo en los bordes).

Cuatro pulgas de las trescientas sesenta y cinco que vivían en la cabeza de Napo se burlaban, destilladas.

Vito tomó impulso. Y se fue a dar la vuelta al mundo de lo más animado.

16 —Sáqueles fotos a *Las meninas* —se oyó decir a Napo, que era muy culto.

Vito dio la vuelta al mundo. Volvió al día siguiente. Tenía muchas historias para contar.

Arte contemporáneo

Ernestina esperó el momento exacto en que la señora Lili se fue a dormir la siesta. Sabía que esa tarde no la visitarían los nietos.

17

Entró al cuarto. Abrió el ropero. Sacó las pantuflas con forma de conejo. Las zapatillas azules. Unos zapatos de tacones de cuando la señora Lili bailaba tango (no los usaba desde hacía años). Las botas de lluvia. Unos borcegos pesadísimos (para eso tuvo que esforzarse bastante). Los mocasines marrones (medio viejitos, pero todavía andaban). Las crocs. Unas guillerminas de charol. Los botines de cuando Lili jugaba al hockey (de joven había sido una experta arquera). Las zapatillas negras, sus favoritas.

Una vez que los tuvo a mano, los ordenó prolijamente sobre el sofá. De menor a mayor. En degradé de colores. Por tamaño y textura. En orden de antigüedad.

Miró el resultado. Estaba orgullosa.

A la media hora, Ernestina la oyó levantarse. La señora no encontraba las pantuflas, así que se puso unos zapatos colorinches.

—Pero, Ernest..., ¿qué hiciste? —le dijo, señalando la hilera de zapatos del sofá.

Ernestina bajó las orejas. Le hizo ojitos. Resopló.

“No todo el mundo aprecia el arte contemporáneo”, pensó, desilusionada.

La señora Lilí volvió a guardar todo en el ropero.

—Ay, esta Ernestina, qué ocurrencias —la retó, riéndose por lo bajo.

Prendió la radio y se puso a hacer sopa de tomate. Le salía deliciosa.

Ernestina aprovechó la distracción y se fue al patio, esta vez a ordenar los broches de la ropa.

